

Los Libros

DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *Enrique Molina*.—
Ediciones de «Atenea».—Editorial Nascimento.

Difícil tarea comentar este libro extenso e intenso en una pequeña nota. El espíritu y su participación en la evolución de la humanidad es asunto vasto y complejo y se requería amplia visión, vasta cultura, una vida consagrada a los estudios filosóficos, políticos y sociales, un noble afán de mejorar la condición humana, para llevarla a cabo con el éxito que lo ha hecho el señor Molina.

Su dilatado programa obliga al autor a revisar las diferentes nociones del espíritu que se ha formado el hombre. La primera noción fué la del doble, la sombra del cuerpo, la imagen reflejada en el agua, la propia figura vista en sueños. Después la noción de espíritu se ha relacionado a las de cerebro, mente, memoria, alma, conciencia. Ya los antiguos personificaron el espíritu—término que en su origen fué sinónimo de gas—en Ariel, el inasible e invisible genio del aire, que sólo se revelaba al hombre por las consecuencias de sus actos. Jamás se dará una definición final de espíritu, conjunto de poderes o facultades en superación constante. Para nosotros la idea más satisfactoria es la que concibe al espíritu como una energía universal, que se manifiesta a través de nuestra conciencia, en mayor o menor grado, según la afinación de nuestra sensibilidad, el orden y claridad de nuestras ideas, nuestra dignidad moral.

Pero, para valorizar la función del espíritu en el progreso social, es indiferente que se considere a éste como algo análogo a la divinidad, o sea que se le atribuya existencia propia y se manifieste en el hombre parcialmente, o que se le conceptúe una floración endógena, una culminación y síntesis de las mejores aptitudes adquiridas por el hombre en su evolución. Basta conocer y palpar los efectos de la actividad espiritual, y ésta se manifiesta al hombre en todo progreso individual o colectivo. Todo adelanto es consecuencia de una idea generadora, en la ciencia, la industria, la política, etc. Después la colectividad recoge esa semilla y la difunde por medio del espíritu de imitación, que también es respetable. El mal aprovechamiento de algunos inventos y su utilización para la destrucción, es un episodio ocasional y debe cargarse a la cuenta de los que hacen el mal uso.

«Mucho tardó en aparecer en la mente del hombre la idea de progreso y después ha sido siempre discutido y frecuentemente negado», dice el señor Molina. Es curioso que el hombre haya disfrutado durante siglos de sus invenciones, la rueda, el remo, la vela, domesticación de animales, cultivo del suelo, vestuario, sin darse cuenta de estos progresos. Esto se debía principalmente a la lentitud de estos adelantos, que abarcaban muchas centurias para realizarse, con un aporte individual mínimo, y que no alcanzaban a ser observados dentro de una vida. El hombre primitivo no era reflexivo, los primeros adelantos no fueron fruto de deliberación, sino que brotaron de una colaboración espontánea entre las necesidades del hombre y los recursos del ambiente. Se trataba de adquisiciones hechas por la especie en procesos milenarios, y los individuos no se daban cuenta de ellas, como no se enteran las hormigas o abejas de sus progresos. El bárbaro tenía incrustada en la mente la idea del carácter inmutable y sagrado de todo, todo era tabú y un delito alterarlo. Fué necesario que siguiendo la curva parabólica de la evolución, se acelerara el progreso hasta

constatar los cambios en una vida, para que se parara mientes en el fenómeno y se llegara mucho después a definirlo. Queda, por fin, en pie que la evolución progresiva es ley de la vida, que el retroceso es un hecho parcial o temporal y que la estabilidad no existe y es una ilusión debida a nuestra defectuosa percepción. Para compendiar su luminoso capítulo sobre el progreso, sus causas y principios, el autor formula las siguientes modalidades que bastarán para nuestra revisión: «Es raro que el progreso se manifieste a la vez en todos los órdenes de actividades y que sea común a todos los pueblos de una época. El progreso depende del estado social anterior. Las diferentes funciones sociales influyen unas sobre otras recíprocamente, siendo mayor la acción de las más fundamentales. Un progreso definitivo, la constitución de la ciudad ideal en que no haya cambios, es una quimera. El progreso está en relación directa de la dominación del hombre sobre la naturaleza y en razón inversa de la dominación o explotación del hombre por el hombre. Sin esfuerzo no hay progreso». Don Enrique Molina anota que sólo hay progreso, cuando podemos constatar un mejoramiento en las relaciones entre los hombres, difícil de asegurar sin el perfeccionamiento de las almas y aumento de poderío humano en el conocimiento y dominio de la naturaleza.

Nos parece acertada la valoración que el autor hace de los factores que influyen en el adelanto de los pueblos: geográfico, étnico, económico. Creemos, sin embargo, que ha restado importancia al factor racial. La raza presenta un conjunto de cualidades adquiridas por un conglomerado humano, de origen común, a través de muchos siglos, y estas sólo cambian muy lentamente, tal como se han plasmado. No se puede exigir a una raza que mantenga caracteres permanentes durante su historia. Organismo vivo, ha cambiado de color y de costumbres, adaptándose a las circunstancias, según sus desplazamientos, pero siempre ha tenido un mínimo de rasgos esenciales, suficientes para distinguirlo, y sobre todo, ciertas aptitudes

y posibilidades. Hay razas impermeables a la cultura, que aunque convivan con otras superiores, no asimilan su civilización, y clausuradas fatalmente en su estrecha mentalidad, acaban por desaparecer. Tal está ocurriendo con los araucanos, los fueguinos, y otros primitivos habitantes del planeta. Consideramos admirable la apreciación y crítica del materialismo histórico y la refutación que hace el autor de la genial apología de la barbarie de Nietzsche.

Los pesimistas o negadores del progreso, Inge, Schopenhauer, Scheller y otros, son convincentemente refutados. Generalmente el pesimista está amargado por circunstancias personales y trata de inocular a los demás el veneno de su descontento. Y aprovecha los elementos creados por el progreso para difundir su pesimismo.

Especial atención nos han merecido los capítulos dedicados a la vida espiritual y a la teoría de los valores, en los cuales destacaremos el paralelo entre espíritu y libertad y la apología del carácter. «Tan indispensable como el alimento material para el cuerpo, se nos presenta el carácter en la esfera de lo ético o moral. Al darnos el pan nuestro de cada día, habría que agregar darnos la unidad, la armonía y la fuerza del alma». Hay siempre una lucha entablada en nosotros entre la conciencia que nos llama a la dignificación de la vida, y los malos instintos, los vicios, influencias funestas, etc. Un acto intelectual nos permite levantar ante la conciencia el fin noble o elevado, buscarle ricas asociaciones, hasta que triunfe. La fuerza del carácter es más escasa que la inteligencia, por lo menos en las razas latinas, y sentimos que es de naturaleza superior, pues la inteligencia puede seducirnos o deslumbrarnos, pero el carácter nos sostiene y ampara y se manifiesta en hechos fecundos.

La cultura integral consiste para el autor en la adquisición de los conocimientos que dan una visión cabal de la civilización en que se vive, en la formación de disciplinas que per-

mitan un constante perfeccionamiento, y en el afán de mejorar la colectividad.

Pasa en revista el autor a la mayoría de los problemas que ocupan al mundo, el imperialismo económico, el nacionalismo, la guerra, las esperanzas de paz universal, pero el espacio nos impide seguirlo. Señalaremos la convergencia que anota entre los ideales del espíritu de bien, justicia, verdad, belleza, y el progreso material de la humanidad, que va acercando paulatinamente el imperio de aquellos valores. Así el Paraíso, que la imaginación retrospectiva de los antiguos colocó en el pasado, deberá ubicarse en el futuro. Recordaremos unas palabras de Emerson en una de sus lecturas: «Señores, acompaña a la humanidad un destino cordial, que se manifiesta por un leve toque en favor de la causa justa, del mejoramiento. El perfeccionamiento gradual de la naturaleza hace posible el gradual mejoramiento humano».

El libro del señor Molina presenta una admirable coherencia y elegancia intelectual, fruto de su amplitud de visión, su serenidad de criterio, su ecuanimidad inalterable. Es raro que en nuestros días se escriba sobre temas abstractos de filosofía sin subordinarse a determinadas escuelas, y más raro aun que se escriba sobre las proyecciones prácticas de la filosofía sin subordinarse a determinados intereses.—DAVID PERRY B.



DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *Enrique Molina* (1).

Carta de Buenos Aires, dirigida por el Dr. Antonio Sagarna al señor Enrique Molina a propósito de su último libro, «De lo espiritual en la vida humana».

(1) El Dr. Sagarna es una personalidad destacada, de alto valor intelectual, político y jurídico. Fué Ministro de Educación Pública durante casi toda la administración del Presidente señor Marcelo de Alvear; ha sido enviado diplomático y profesor universitario, y es actualmente Ministro de la Corte Suprema de Justicia de Buenos Aires.